

# ECUADOR **Debate**

## **CONSEJO EDITORIAL**

José Sánchez-Parga, Alberto Acosta, José Laso Ribadeneira,  
Simón Espinosa, Diego Cornejo Menacho, Manuel Chiriboga,  
Fredy Rivera Vélez, Marco Romero.

**Director:** Francisco Rhon Dávila. Director Ejecutivo del CAAP  
**Primer Director:** José Sánchez Parga. 1982-1991  
**Editor:** Hernán Ibarra Crespo  
**Asistente General:** Margarita Guachamín

## **REVISTA ESPECIALIZADA EN CIENCIAS SOCIALES**

Publicación periódica que aparece tres veces al año. Los artículos y estudios impresos son canalizados a través de la Dirección y de los miembros del Consejo Editorial. Las opiniones, comentarios y análisis expresados en nuestras páginas son de exclusiva responsabilidad de quien los suscribe y no, necesariamente, de ECUADOR DEBATE.

© **ECUADOR DEBATE. CENTRO ANDINO DE ACCION POPULAR**

Se autoriza la reproducción total y parcial de nuestra información, siempre y cuando se cite expresamente como fuente a ECUADOR DEBATE.

## **SUSCRIPCIONES**

Valor anual, tres números:

EXTERIOR: US\$ 45

ECUADOR: US\$ 15,50

EJEMPLAR SUELTO: EXTERIOR US\$. 15

EJEMPLAR SUELTO: ECUADOR US\$ 5,50

## **ECUADOR DEBATE**

Apartado Aéreo 17-15-173B, Quito-Ecuador

Tel: 2522763 . Fax: (5932) 2568452

E-mail: caaporg.ec@uio.satnet.net

Redacción: Diego Martín de Utreras 733 y Selva Alegre, Quito.

## **PORTADA**

PuntoyMagenta

## **DIAGRAMACION**

Martha Vinuesa

## **IMPRESION**

Albazul Offset



ISSN-1012-1498

# ECUADOR DEBATE

# 74

Quito-Ecuador, Agosto del 2008

PRESENTACION / 3-6

## COYUNTURA

Diálogo sobre la coyuntura: Nueva constitución y modelo político / 7-24

Conflictividad socio-política Marzo-Junio 2008 / 25-36

## TEMA CENTRAL

Notas sobre las clases medias ecuatorianas / 37-62

*Hernán Ibarra*

De la vulnerabilidad social al riesgo de empobrecimiento:

sectores medios y transformaciones sociales en América Latina / 63-90

*Minor Mora Salas y Juan Pablo Pérez Sáinz*

Las clases medias en la estructura social. Apuntes para la discusión / 91-102

*María Fernanda Cañete*

¿Quiénes pertenecen a la clase media en Chile?

Una aproximación metodológica / 103-122

*Emmanuelle Barozet y Vicente Espinoza*

Educación y formación de las clases medias / 123-136

*Ana María Goetschel*

## DEBATE AGRARIO

Cartografías de poder. Globalización y campesinos  
en la obra de William Roseberry / 137-154

*Francisco Javier Gómez Carpinteiro*

## **ANÁLISIS**

El mito de la inestabilidad: Estabilidad política y crecimiento económico en Ecuador / 155-186

*Guillaume Long*

El trabajo al final del Siglo XX / 187-204

*Aníbal Quijano*

Crónica de un divorcio anunciado: Pachakutik y La Minga Intercultural en Otavalo / 205-224

*Rickard Lalander*

## **RESEÑAS**

The Globalizers. Development Workers in Action / 225-228

*María Moreno*

# DEBATE AGRARIO-RURAL

## Cartografías de poder. Globalización y campesinos en la obra de William Roseberry

Francisco Javier Gómez Carpineiro\*

*El principal legado del antropólogo William Roseberry fue el de proponer las etnografías históricas como una manera de encontrar en las ideas, representaciones y prácticas de la gente sus respuestas a la dominación. Al recurrir a la tradición marxista, lo hizo cuestionando los enfoques posmodernos y posestructuralistas. Definir a la "gente real" y su historia implicó la conexión de lo local y lo global en procesos hegemónicos y contrahegemónicos. Las vastas experiencias que han proporcionado movimientos campesinos e indígenas en América Latina muestran la importancia de este enfoque.*

Los trabajadores rurales que viven en pueblos actúan dentro y contra posiciones estructurales, pero ni sus acciones ni sus conciencias pueden ser imputadas a esas posiciones. En vez de eso, los grandes propietarios de las tierras tienen nombres y caras: María Luisa Chávez o Manuel Piélagos en Perú, Doña Telsa o Edmundo Deshon en Nicaragua. Los trabajadores en esas poblaciones tienen líderes: Elías Tacunan o Demetrio de la Cruz Lazo en Perú, Regino Escobar o Juan Suazo en Nicaragua. Tales líderes tienen adversarios, y los trabajadores en esos pueblos internamente entran en debates sobre tácticas, condiciones, recursos e intenciones. El capitalismo toma la forma de un complejo minero, una próspera agroindustria de algodón o azúcar, de un mercado en depresión o de uno en

auge exportador. El estado adquiere la apariencia de un consejo para la mercadotecnia, leyes sobre la propiedad, instituciones proteccionistas, o la del ejército o la guardia nacional – que se presentan vigorosamente en el campo en un lugar y momento determinado, y confinados a la ciudad en otro (Roseberry 1993: 360).

Antes de su lamentable muerte, el antropólogo estadounidense William Roseberry (1950-2000) fue un acucioso estudioso del campesinado en diversas partes de América Latina y trató de vincular sus historias específicas a un enfoque comparativo que ayudara a comprender los efectos globales del capitalismo en diversos contextos. Su premisa central fue identificar cómo se forma-

\* ICSyH-Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, México, panchog39@hotmail.com

ban los campesinos como sujetos sociales, es decir qué estructuras envolvían su construcción y en qué manera las propias acciones colectivas de ellos los constituían a sí mismos. ¿Qué relevancia tienen, en esta era de poderes globales, las ideas de un autor que, como lo muestra el epígrafe, reconoce que estos poderes toman forma en los mundos de la gente común marcados por estructuras y relaciones de dominación y resistencia complejas y dinámicas?

En los últimos años en varias partes de Latinoamérica hemos contemplado la emergencia de vigorosos movimientos sociales que han sido impulsados por reivindicaciones asociadas a la búsqueda de sentidos de autonomía y justicia, en muchas maneras opuestos a poderes disciplinarios y regulatorios que bajo relaciones concretas han tratado de definir históricamente a los individuos. Tales movimientos no sólo han desafiado políticas globales basadas en el mercado, las cuales han acrecentado el despojo de recursos naturales y productivos a sectores populares creando nuevas clases de desposeídos a través de su sistemática precarización e inserción directa o factible a mercados laborales segmentados por género, raza y etnicidad, sino también a paradigmas teóricos dentro de los cuales las explicaciones sobre formas de conciencia y movilización, entendidas bajo un sinnúmero de abstracciones —estado, sociedad civil, clase, sujetos plurales, por ejemplo—, han quedado vacías de contenido al mirar cómo levantamientos, rebeliones, formas de hacer política replantean caminos dirigidos a una reconstitución desde abajo de formas de

soberanía teniendo presentes complejas relaciones que vinculan los movimientos locales a discursos, fuerzas y actores en otras escalas espaciales.

Desde su sugerencia por hacer etnografías históricas, Roseberry legó una mirada crítica y profunda a la globalización neoliberal y sus consecuencias. Aunque tal perspectiva se nutrió de enfoques antropológicos sobre el estudio de las diferencias relacionadas con estructuras y relaciones jerárquicas, su principal inspiración fueron ideas marxistas sobre experiencias concretas de hombres y mujeres al hacer sus historias. Bajo esta base analítica, sugirió volver al estudio de la gente, no como un retorno empirista, sino para encontrar en el valor de sus ideas, representaciones y prácticas a los fuertes componentes que han hecho operar formas de poder así como las respuestas que éstas enfrentan en actos cotidianos y movimientos colectivos. La perspectiva de Roseberry sugiere contemplar las relaciones entre lo global y lo local en cambiantes cartografías de poder, observar la constitución de la clase a partir de un idioma de comunidad, considerar el peso de las construcciones culturales en procesos hegemónicos para comprender no únicamente la dominación sino la lucha de las clases subalternas, así como recuperar la noción de “gente real” en Marx como un medio para mirar a las personas como resultado menos de abstracciones teóricas y más de relaciones concretas, lo que condujera a un modo de narrar las desigualdades que subrayara un compromiso ético por entender la génesis de inexpgnables desigualdades. Sobre esas

preocupaciones se organiza este artículo, al final se presentan unas notas sobre las aportaciones de la etnografía histórica que sugirió Roseberry para el entendimiento de la globalización.

### **Lo global sólo puede ser local**

Bajo la idea de comprender el surgimiento de la diferencia cultural conectada a estructuras y procesos mayores de formación del mundo, la relación entre historias globales y locales constituyó una constante en la obra de Roseberry. En buena medida esta relación es crucial en su proyecto etnográfico de realizar cartografías de poder que expliquen los complejos contornos de la cultura, clase y diferenciación social (Roseberry 2002a). Su interés particular en la historia política y económica de América Latina a través de los tipos de encuentros mantenidos con poderes globales y las perspectivas teóricas de estudiosos latinoamericanos fueron un punto importante para proponer etnografías que vincularán una amplia diversidad de relaciones, procesos y efectos del capitalismo en diferentes regiones de Latinoamérica.

Es así como Roseberry propone de manera general un proyecto de análisis cultural para la región y delinea con ello una manera de entender las conexiones entre lo local y global a través de la demarcación de complejos y diversos contextos de poder, creados por la expansión del capitalismo y proyectos coloniales. Esto implica abordar diferentes variedades de procesos históricos a partir de la "internalización de lo externo", según la apreciación hecha por el sociólogo brasileño Fernando

Enrique Cardoso (Roseberry 1989: 88-89). Es decir, se tiene que situar a las poblaciones locales y las formas de economía global entrelazadas con las diversas formas de encuentros que han resultado entre ellas, y reconocer que cada una tiene sus propias estructuras, dinámicas y contradicciones. En términos más concretos, Roseberry (1989: 90-91) sugiere dos procedimientos metodológicos: primero, elaborar mapas de las formas de poder acerca de las estructuras y sus consecuencias en tiempo y espacio; segundo, colocar el problema del análisis en momentos concretos del largo contacto entre historias globales y locales. En este último punto, propone los siguientes períodos para entender los procesos de "internalización de lo externo" para América Latina: 1) la conquista y el establecimiento de instituciones coloniales; 2) el proceso de formación del Estado-nación después de la independencia en el siglo XIX; 3) el período de expansión extranjera a finales del siglo XIX y principios del XX, y 4) la experiencia norteamericana desde 1930 hasta la fecha. Para los fines del trabajo etnográfico, la discusión de esta última etapa resulta más importante.

Más allá de estudiar el impacto *per se* de la expansión de Estados Unidos en América Latina, Roseberry concentra mucha de su atención en identificar una serie de aspectos y dimensiones que son creados por el contacto entre las distintas sociedades latinoamericanas y el capitalismo del Atlántico Norte (Roseberry 1989: 99). Sobresale en este análisis el esquema que delinea el autor para entender los procesos económicos y políticos que surgen con el colapso de los modelos llamados de expansión

externa (o extranjera) a principios del siglo XX. Estos tipos de modelos tuvieron relación directa con los procesos de formación de los estados nacionales, y políticamente se vincularon a programas liberales y conservadores que introdujeron nuevas fuerzas, conflictos y resentimientos. En términos generales, identifica su crisis aparejada con el crecimiento del mercado interno y la aparición de nuevos grupos sociales con mayor injerencia en el mercado, y delinea las siguientes cuestiones que pudieron aparecer con particulares variaciones en diferentes países: 1) el desplazamiento de elites y regiones, con los consecuentes efectos culturales; 2) el surgimiento de una heterogénea clase trabajadora (en plantaciones, minas, industrias, campos petroleros, etcétera) y el crecimiento de los centros urbanos; 3) la expansión y la ramificación del estado; y 4) el estado y el desarrollo económico de esta fase y la previa, fomentaron el crecimiento de las ciudades capitales, cercanas a enclaves y puertos. Esto último impulsó el crecimiento de la clase media compuesta por empleados gubernamentales, comerciantes, artesanos, profesionales, etcétera. Al mismo tiempo, favoreció el crecimiento de sectores urbanos "marginales", compuestos de migrantes rurales que no encontraron empleo en la industria o en algún otro lugar de la economía (Roseberry 1989: 108, cfr. Roseberry 1995a: 8).

En suma, Roseberry puso énfasis en situar a las poblaciones locales y las formas de economía global entrelazadas con las diversas clases de interacción que han resultado entre ellas, reconociendo que se generan dinámicas y contradicciones específicas. Sugirió entonces la necesidad de un análisis relacional de las prácticas humanas y la estructura del campo social que resultara de ese contacto, por lo que era necesario convertir al campo en objeto de un análisis histórico y social detallado para entender sus conexiones con distintos nodos de poder (Roseberry 1998: 93).<sup>1</sup>

### **La visión romántica de la economía natural y la problemática formación de comunidades políticas**

En torno a estos aspectos, Roseberry une las cuestiones más importantes de su propuesta y argumento para entender las interrelaciones entre cultura y poder: el surgimiento del campesinado y el proletariado junto con sus formas de conciencia son parte de procesos históricamente poco uniformes, contradictorios y complejos. Tal problema ha sido abordado desde diferentes modelos analíticos. Entre ellos, es posible observar la trascendencia de un modelo basado en nociones sobre la economía natural. El reconocimiento de la existencia de una economía natural tiene una larga historia intelectual occi-

---

1 Es notable aquí la influencia de Wolf para analizar poblaciones o comunidades rurales relacionadas a contextos mayores, como si fueran "las terminales locales de una red de relaciones..." (Wolf, citado en Roseberry 1998: 76). De esta manera, el campo social podría ayudarnos, según Roseberry, a "considerar la internalización de redes y relaciones de poder más amplias dentro de la estructura de relaciones sociales en lugares particulares" (1998: 85).

dental y es parte de una discusión que apunta siempre a la disputa entre ilustración y romanticismo.

Roseberry refiere como un ejemplo de estos enfoques la obra de Michael Taussig (Roseberry 1989: 218-222). Este autor escribió *The Devil and Commodity Fetishism in South America* (1980)<sup>2</sup>. El libro es un análisis que relaciona la ideología y conciencia de poblaciones de trabajadores dentro de una economía política capitalista en Colombia y Bolivia. Taussig centra su argumento oponiendo la existencia de relaciones basadas en el valor de uso, de carácter recíproco, con relaciones sostenidas en el valor de cambio, como es el caso de la economía capitalista. Cada relación es representada y fetichizada. Para el caso de la economía precapitalista, las relaciones son concebidas como personales y suprapersonales, o naturales o supranaturales; en cambio en la capitalista éstas son juzgadas sobre la base de conexiones entre cosas o mercancías. Roseberry reconoce el principal mérito de la obra: ofrecer una interpretación del capitalismo no reducida al de un fenómeno económico, sino también cultural y político, en este caso reflejado en la identificación de una compleja imaginaria sobre el demonio en diversos contextos históricos y espaciales de

dominación. Sin embargo, las tradiciones que oponen los trabajadores son entendidas sin ningún interés por conectarlas a experiencias políticas y de trabajo. Así, critica el pobre relato histórico sobre la relación que las poblaciones cañeras de Colombia han mantenido con la economía mundial. Al mismo tiempo que para el caso de los mineros bolivianos, otra población analizada por Taussig, cuestiona la poca estima que él brindó a la trayectoria política y a las formas de conciencia desarrolladas por este contingente de trabajadores.<sup>3</sup>

Roseberry establece dos cuestionamientos más a los modelos como el de Taussig, que interesados en las acciones políticas "desde abajo", ven a la política precapitalista como no problemática: uno, consideran a los campesinos o a la primera generación de proletarios y el orden en el que viven como previos al capitalismo; dos, tienden con su aparente aporte al estudio de las tradiciones y valores locales a idealizar las relaciones de clase en contextos previos a la expansión del capital. Esto lo lleva a afirmar que la misma economía natural es un producto histórico, un producto ideológico del presente. Cuestiones de este tipo son abordados con mayor profundidad en los problemas asociados con la formación de una

2 Edición en español *El diablo y el fetichismo de la mercancía en Sudamérica*, México, Editorial Nueva Imagen, 1993.

3 De acuerdo Roseberry, Taussig desarrolla una interpretación totalmente diferente a la que realizó June Nash en *We Eat the Mines and the Mines eat Us* (1979). Ella mira en el uso de imágenes y prácticas asociadas con el diablo tentativas del proletariado para conectarse con un pasado indígena, con el objeto de reforzar peculiarmente la vocación política de uno de los sectores más combativos de Latinoamérica. Con un análisis como éste, Roseberry robustece críticas a oposiciones basadas en anti-nomias como las de campesino/proletario, reciprocidad/no reciprocidad, y valor de uso/valor de cambio.



comunidad (Roseberry 1989, 222; Roseberry s/f: 78).

Roseberry sugiere una propuesta diferente. Emplea como punto de partida la interpretación marxista que E. P. Thompson (1979, 1989[1963]) ofrece de la formación de la clase trabajadora ligada a tradiciones, valores, modos de conciencia y activación de comunidades políticas precapitalistas (Roseberry 1989: 198-201). Para Roseberry el reto fundamental para la apropiación crítica de la propuesta de Thompson es desbaratar la antinomia economía natural vs. economía capitalista (Roseberry 1989: 201, Roseberry 1988: 424-427), sobre todo contenida en la obra temprana de Thompson, donde en términos binarios entendió la naturaleza de las sociedades modernas y tradicionales, básicamente por la ausencia de una serie de rasgos de la primera en la segunda. Según Roseberry, un modelo así condiciona interpretaciones sobre el tránsito de una sociedad a otra, o bien celebra la libertad o su ausencia en órdenes modernos y tradicionales.

Roseberry sugiere entonces conocer historias y respuestas de diversos tipos de trabajadores a la expansión del mercado capitalista (esclavos, trabajadores de plantaciones, campesinos), así como la profundidad histórica de las poblaciones que preceden al capital (por ejemplo, comunidades de campesinos y artesanos en áreas nucleares de América Latina). En cada caso, la población trabajadora y sus comunidades podrían ser vistas como precipitados de procesos históricos que envuelven la intersección de dinámicas globales y regionales (Roseberry s/f: 81, Roseberry 1989: 215).

Sin embargo, Roseberry reconocía que la diversidad de situaciones en que puede ocurrir la proletarianización genera una pregunta clave. ¿En qué términos podemos juzgar a las poblaciones que de diversas maneras se insertan a la historia del capitalismo? Planteó como respuesta retornar a la discusión de las relaciones entre la formación de clase, la comunidad y la conciencia. Por ello, analiza los problemas que implica el desarrollo de modelos de análisis que tratan las experiencias precapitalistas y la existencia de comunidades políticas y culturales sin un sentido crítico, por un lado; y discute las políticas de creación cultural de una comunidad en el contexto de una proletarianización desigual, por otro.

Roseberry opinaba que si los trabajadores se enfrentaban con distintos problemas para constituirse como clase (Roseberry 1989: 224), por ello era importante preguntarse cuáles son los procesos asociados con la formación de un sentido de comunidad. En términos analíticos esto requiere identificar en qué tipo de comunidades políticas la heterogénea clase trabajadora se inserta, bajo qué imágenes una comunidad se crea, en qué maneras se genera un proceso hegemónico que conecta la proletarianización con la formación del estado y con movimientos étnicos, religiosos y regionales; asimismo, se necesita considerar en qué radica la debilidad de las comunidades hegemónicas, cómo puede surgir una comunidad alternativa, contra-hegemónica, y qué posibilidades existen para el surgimiento de una alianza horizontal de clases. Finalmente, por qué un sentimiento de comunidad –en la consideración que

formula Thompson-, puede surgir dentro de movimientos heterogéneos y sin tradiciones comunitarias.

Roseberry afirma que la construcción de una comunidad política es parte de un proceso hegemónico (Roseberry 1989: 225-228). La proletarianización está relacionada a la formación y consolidación del estado. Significa el desarrollo de un proyecto que tiende a formar un ciudadano desvinculado de órdenes, estamentos o formas de organización tradicional. En términos políticos y culturales, esto presenta problemas para la conformación de una conciencia de clase trabajadora. La proletarianización no es uniforme y surgen diversas categorías laborales que no cuentan tampoco con comunidades primordiales que inspiren un sentimiento de homogeneidad. El estado es hábil en crear los marcos institucionales para formar nuevos tipos de comunidades políticas. Roseberry asocia estos procesos a la idea de Antonio Gramsci de observar la actuación de una clase fragmentada en esos espacios creados por el estado para formarse a sí misma. La emergencia o constitución de comunidades forma parte de la imaginación dentro de la cual intervienen diversos procesos de creación cultural; por consiguiente es importante plantearse qué estilos de comunidad política son imaginados. La construcción de una comunidad política puede ser parte de un proceso organizado por el estado; o bien generada alrededor de oposiciones sociales y culturales que incluyen diversos tipos de movimientos, coaliciones e imágenes.

En la investigación que realiza en Venezuela estudia la conciencia políti-

ca que surge como parte de imágenes conectadas a símbolos que representan las relaciones entre café y petróleo, desarrollo y atraso, campo y ciudad, y dictadura y democracia (Roseberry 1983, 1989: 59). Partiendo de ellas, Roseberry lleva a cabo un análisis que tiene como eje central la inserción del campesino venezolano a las esferas de la economía política. Su intención es ligar el entendimiento del campesinado a la producción capitalista del café y las transformaciones que ocurren con su ocaso y el posterior auge de la explotación del petróleo. Paralelo a esto, une las ideas e imágenes contradictorias que se tienen sobre el agro a las formas de desarrollo, atraso, democracia y autoritarismo.

Roseberry toma como caso la construcción de una conciencia proletaria, influenciada por imágenes del campesinado, con el fin de mostrar los elementos contradictorios y complejos que intervienen en este proceso. Emplea tal problema para criticar interpretaciones sobre la emergencia de comunidades o formas de asociación como resultado de fuerzas y tradiciones del pasado. Toma ahora como ilustración de estas posturas, el manejo que James C. Scott (1976) otorga al concepto de economía moral. Bajo esta noción, el campesinado posee profundas raíces históricas. Entonces, el capitalismo y el estado colonial irrumpen y dislocan sus tradiciones y formas de organización. Para Roseberry, tal postulado, pese a que reparen en la activa presencia de pasado en el presente, es muy limitado para comprender imágenes, valores y sentimientos contradictorios de poblaciones contemporáneas.

Tales “fuerzas de desorden” - representadas por el capitalismo y el estado colonial - no pueden ser entendidas en los términos que sugiere la literatura de la economía moral (Roseberry 1989: 58). Para el caso de Venezuela, Roseberry demuestra que estas fuerzas ya estaban ahí como parte del desarrollo de un mercado mundial, por lo cual ni siquiera el campesinado pudiera ser considerado como un actor precapitalista; es decir, los campesinos y por ende la comunidad rural tienen que ser considerados como una creación directa del capitalismo.

Roseberry (1989: 76-78) pregunta cómo puede emerger un movimiento contrahegemónico y qué tipo de imágenes contendría si finalmente se está hablando de construcción de una conciencia. Señala que un discurso o cultura de clase no aparece como algo dado. Esto se construye del material cultural generado por el pasado, así como de la “tradicción” que es usada, en los términos que plantea Williams (1997 [1977]), para construir tanto formas dominantes como alternativas de cultura. Por lo tanto, cuestiona que tal cultura alternativa pueda surgir de las nociones de un pretérito rural como contrapunto a las insatisfacciones que produce el presente. Esto sería simplemente una evocación romántica. Las bases para la emergencia de una conciencia política crítica deben tener conexión con las experiencias vividas por los campesinos y trabajadores. Así, la búsqueda de la democracia y una vida más justa pueden rebasar los valores dominantes, para dar paso a formas de organización que excluyan el control de fuerzas

hegemónicas y donde los trabajadores muestren mayor control sobre su propio destino.

Este punto particularmente aparece desarrollado en la interpretación del concepto de hegemonía que hizo a partir de la observación de la política de campesinos y la formación del estado en el México revolucionario y posrevolucionario. Roseberry sostiene que las clases y grupos subalternos no aparecen como seres pasivos ante la dominación; por el contrario crean sus propias organizaciones y movimientos y siempre mantienen alianzas y enemistades con fuerzas y liderazgos más poderosos. Roseberry sugiere que la hegemonía no construye una ideología compartida, “sino un marco común material y significativo para vivir a través de los órdenes sociales caracterizados por la dominación, hablar de ellos y actuar sobre ellos.” Ciertamente, esta idea de hegemonía remite a la propia comprensión que Williams (1997 [1977]) hace de esa noción típicamente gramsciana, que implica la inexistencia de órdenes de poder totales. Para Williams, la hegemonía abarca un vasto cuerpo de prácticas y expectativas con valores y significados compartidos, que revela la falsa pasividad de las masas en la construcción del poder y ayuda a comprender cómo las relaciones de dominación son vividas, experimentadas y combatidas cotidianamente. Esta es la idea central de la noción de marco común material y discursivo (Roseberry: 2002b [1994]: 220). Tal concepto puede ayudar a comprender cómo el significado de palabras y organizaciones contribuyeron a que los campesinos se sintieran parte de la

comunidad nacional que se estaba formando en el México moderno, al mismo tiempo que buscaban modificar sus condiciones de subordinación.

### El estudio de la "gente real"

En una era de enfoques pos (posmodernismo, posestructuralismo, posmarxismo), cuando se indica que el gran objeto de la antropología, la cultura, se está rápidamente transformando y con esto es necesario nuevos modos de entender esos cambios que cristalicen en teorías más especializadas y eclécticas, Roseberry apostó por una recuperación crítica de la teoría de Marx. Su decisión no fue nada fácil. Las teorías en boga han ganado ascenso precisamente por su rechazo a las grandes narrativas —como el marxismo— por su aparente pretensión de crear explicaciones generales y universales y por haber sido asociadas al surgimiento y desarrollo de regímenes autoritarios.

En ese sentido, sus esfuerzos analíticos estuvieron encaminados a demostrar que el pensamiento de Marx, pese a que fue utilizado para reproducir teóricamente esquemas evolutivos cerrados y mecánicos que fueron dominantes durante casi todo el siglo XX, no representó un sistema cerrado y la perspectiva materialista e histórica que él definió para su tiempo no la concibió como un esquema universal dentro del cual un amplio rango de problemas históricos, políticos y filosóficos pudieran resolverse. Marx mismo dejó abierta la posibilidad de que su perspectiva mostrara inconsistencias y contradicciones, que análisis e interpretaciones de particulares eventos y procesos la modificaran y

desarrollaran hacia otras direcciones (Roseberry 1997: 26).

Roseberry no sugirió que el retorno a Marx estuviera libre de críticas. Planteó repensar una serie de problemas abordados por la antropología desde ideas y modos de análisis concebidos por Marx. Esas cuestiones tenían que ver con la formulación de un enfoque materialista para estudiar la cultura, el capitalismo como objeto de estudio y el desarrollo de un modo de análisis histórico y político.

El primer aspecto tiene que ver con esa máxima antropológica que promueve formas de empirismo basadas en el estudio de "gente real" y las maneras en que es textualmente concebido el "otro". El término de gente real en Marx está asociado al enfoque materialista que mira el trabajo como un proceso organizado colectivamente en lugares situados y diferenciados históricamente. Este materialismo demandó investigaciones particulares de colectividades sociales y sus modos de vida, como "ensambles de relaciones sociales" y específicas formas de propiedad en la historia (Roseberry 1997: 27). Roseberry opinaba que sobre este planteamiento descansa una de las mayores aportaciones del materialismo de Marx a los modos en que puede ser narrada la diferencia cultural. En Marx hay una insistencia firme en ver como parte de una misma unidad a esa gente real y la manera en que ella se imagina a sí misma y es imaginada por otros. Por una parte, el freno al empirismo se nota cuando se destaca que la definición empírica de las personas descansa en convenciones narrativas y de investigación en la constitución de los objetos de

estudio. Sin embargo, la prioridad a esas convenciones pone en riesgo de desparecer de las narraciones a la "gente real" (Roseberry 1997: 29).

En resumen, para Roseberry el estudio de las personas es el estudio empírico e histórico de hombres y mujeres viviendo y actuando dentro de relaciones instituciones y convenciones sociales, políticas y culturalmente constituidas, las cuales a veces no siempre pueden cambiar. En estos contextos, los individuos tienen entendimientos e imágenes de quiénes son y qué están haciendo, al mismo tiempo nuestras visiones como autores de "sus" historias son construidas y narradas en textos que describen a ciertas "personas reales" y no a otras, o a ciertas relaciones y acciones "puramente empíricas" y no a otras (Roseberry 1997: 30).

Roseberry (1997: 31; 1998: 96) observa en el método de Marx un fuerte compromiso por una visión materialista de la historia, que no se reduce a fórmulas o reglas, sino a análisis temporales dentro de los cuales las poblaciones humanas y sus circunstancias son sujetas a un entendimiento rigurosamente material. En primer lugar, Marx reconoce un estudio "de época" que constituye una explicación evolucionista de la vida social, enmarcada por el modo de producción. Esta perspectiva representa, para bien o para mal, la versión de Marx más conocida y difundida sobre la historia, presentándose el movimiento histórico como la sucesión lineal de distintos modos de producción. Empero, Roseberry distingue en ella el punto de partida para el desarrollo de un análisis materialista que toma en cuenta a los individuos reales, las condiciones en las

que viven, presentes y pasadas. Identifica a este análisis como "histórico" (aunque ambas en realidad así lo sean). En éste, las sociedades pueden examinarse en momentos y lugares particulares. Representa la posibilidad de entender el desarrollo del capitalismo dentro de tiempos y lugares concretos. Los alcances de cada estudio son variados, pero fundamentalmente a Roseberry le interesan sus interconexiones. Los cambios de una época toman forma en lugares y tiempos históricos específicos, por lo cual es necesario entenderlos dentro de la perspectiva histórica.

Roseberry destaca la contribución de las ideas de Marx para el análisis formal del capitalismo, sobre todo para entender la apropiación y el valor de la fuerza de trabajo dentro de la nueva era de acumulación capitalista dominada por esquemas de trabajo flexible que algunos autores asocian a un mundo posindustrial o posfordista. La teoría del valor de Marx es central en estas ideas. El asunto de ver a la fuerza de trabajo como una mercancía sigue marcando la pauta para conducir un análisis de la diversidad del capitalismo y la naturaleza que adquiere la fuerza de trabajo (Roseberry 1997: 32). Roseberry sostiene que considerar nuevamente la dimensión de época es oportuno con la finalidad de comprender modos de organización y movilización del trabajo; asimismo, el desarrollo del análisis histórico posibilita llegar el surgimiento de trabajadores a procesos específicos ligados a determinados tiempos y lugares, por ejemplo la descampenización y campenización observada en Inglaterra debido a las políticas de privatización

de tierras comunales a través de lo que fue llamado cercamiento (Roseberry 1986: 83).

Roseberry distinguió la manera en que estos asuntos han sido considerados por diversos autores (por ejemplo, Collins 1990; Ohmann 1996; Palerm 1998 [1980]; Trouillot 1988; Wolf 1987 [1982]) para relacionar la cultura y el poder dentro de sociedades capitalistas y precapitalistas. No es nada trivial este interés porque ha contribuido a desmitificar la presunción de las "leyes" de cambio que formuló Marx como premisa de una historia totalizante. De acuerdo a Roseberry, este punto permite considerar, por ejemplo, que el valor de la fuerza de trabajo no se establece por el mínimo de subsistencia requerido para la reproducción social y material de los trabajadores, sino es condicionado histórica y culturalmente, de tal forma que esos niveles de subsistencia están asociados a procesos y luchas políticas. Este margen para explorar la acción bajo las relaciones del capitalismo parece muy pertinente para entender también las dinámicas y constreñimientos de la fuerza de trabajo, así como las subjetividades que emergen.

Roseberry (1997, 36-37) destaca la noción marxista de "ejército industrial de reserva" para comprender la naturaleza de la relación de los trabajadores a los ciclos económicos. El ejército industrial de reserva se compone de tres seg-

mentos (flotante, latente e inactivo) y en su conjunto su relación con los trabajadores empleados limita las acciones organizativas de éstos y contribuye al decrecimiento del valor de la fuerza de trabajo. Para Roseberry, el surgimiento de esos segmentos así como otras categorías relacionadas a dimensiones étnicas, raciales y de género puede contribuir a comprender, con mayor fundamento y profundidad sociológica, las maneras en las que formaciones discursivas para esencializar y estereotipar están enlazadas a estructuras y procesos de acumulación y distribución dentro de jerarquías regionales y espaciales.<sup>4</sup> De ese modo, Roseberry notó que este análisis desborda la simple visión dual de entender a las clases -proletarios y capitalistas-, que muchos de sus críticos asocian a Marx. Contrariamente, Marx ofrece la posibilidad de entender sujetos formados entre el flujo del valor de su fuerza de trabajo y su depreciación dentro de los circuitos de acumulación. Sobre este sustrato es posible entender que los discursos que nominan a las personas -bajo identidades transnacionales, transfronterizas o simplemente "culturales", por ejemplo- los cuales son utilizados con frecuencia por enfoques posmodernos y posestructuralistas, están materializados en procesos, relaciones y categorías que componen cualquier economía capitalista.

4 Por ejemplo, denominaciones como "latinos", "extranjeros", "indios" y otras más peyorativas pueden referirse a la constitución de mercados laborales segmentados racialmente en los que se forman trabajadores globales. Este es el caso de mexicanos y de otras nacionalidades latinoamericanas y caribeñas en Estados Unidos, ecuatorianos en España, y de la inmigración de un país a otro en América Latina como aquella de bolivianos, peruanos y paraguayos a Argentina.

Roseberry pondera el detallado estudio que Marx hizo de una constelación y fracciones de clases, sus relaciones entre sí y los procesos ambiguos desatados por la Revolución de 1848 en toda Francia, dentro de los cuales emergió el estado bonapartista (Roseberry 1998, 90). En este análisis, básicamente realizado en el libro *El dieciocho brumario de Luís Bonaparte*, se encuentran elementos para crear un marco analítico que explore las relaciones entre formación de clases y campesinos. Este mismo enfoque contiene nociones que apuntan a sostener una visión más objetiva y relacional para entender la constitución de la clase más allá del marxismo ortodoxo.

Por principio de cuentas, Marx tuvo una idea de estado más compleja que la de un simple instrumento de las clases dominantes. Según Roseberry, Marx consideró que el estado “no estuvo suspendido en el aire”. El estado bonapartista reflejó acciones, visiones e intereses materiales de distintas clases y sus prácticas estuvieron enraizadas a relaciones y procesos sociales donde se observó el soporte del campesinado francés. La relación entre los campesinos y el estado ayuda a entender mejor la frase del campesinado visto como un “costal de papas” (Roseberry 1997, 40-41). De esta forma los campesinos como clase son entendidos en una doble dimensión. Por una parte, Marx se interesó por la posición e intereses materiales de ellos en relación con otras clases, por otra parte le preocupó el bajo sentimiento de comunidad que tenían ellos mismos, por lo cual fueron “incapaces de valorar sus intereses de

clase en su propio nombre”. La atención al “sentimiento de comunidad”, su ausencia o presencia, representa una ampliación de la definición de la clase, la cual con excepciones (Thompson 1989 [1963]), apenas ha sido desarrollada por la tradición marxista. Para Roseberry, una preocupación más atenta por la construcción de la comunidad puede ayudarnos a la definición de los intereses de clase vinculados a las maneras en que, según Marx, se materializa la tradición y la socialización a través, incluso, de “memorias, enemistades personales, temores y esperanzas, prejuicios e ilusiones”. Para complementar este análisis, Roseberry sugiere tomar en cuenta tres dimensiones. La primera refiere al surgimiento de comunidades a través de las cuales los individuos y las colectividades se identifican ellos mismos como sujetos (por ejemplo, como trabajadores, campesinos, indígenas, o los rótulos locales o regionales de identificación). Segundo, reconocer que esos modos de asociación e identidad son materiales, están también formados en campos de poder, incluyendo el poder del estado. Tercero, los individuos como sujetos y asociados a comunidades particulares, identidades e intereses participan siempre en numerosos sitios y procesos que generan divisiones o desigualdades sociales.

Roseberry anticipó un análisis etnográfico siguiendo algunas de las ideas del pensamiento de Marx, en un estudio acerca de la relación entre la constitución de la clase y las subjetividades asociadas al consumo del café en el marco de la imaginación y materialización de la economía global neoliberal (Rose-

berry 1996). En este trabajo, hay una crítica explícita a enfoques posmodernos que ven al mercado y a las prácticas de consumo como ámbitos privilegiados para la fabricación del ser y la sociedad; al mismo tiempo consideran a la clase como menos plausible para el auto-reconocimiento y la acción y, en cambio, a las diversas “identidades culturales” como medios para generar respuestas políticas (ver, por ejemplo, Comaroff y Comaroff 2001; Appadurai 2001 [1996]). En dicha etnografía, Roseberry describe al comercio del café sujeto y parte de los mismos procesos que construyen el mundo capitalista. Si un campesino en México, Colombia o Centroamérica cultiva café con ciertas características, digamos “orgánicas”, tal decisión en realidad ya está estructurada por comerciantes y distribuidores que actúan en términos de un mercado mundial altamente segmentado por la clase, generación y el género. Asimismo, los consumidores ponen en práctica elecciones en un mundo de relaciones ya estructuradas, y parte de lo que esas relaciones estructuran (o conforman) es el proceso de elección mismo.

### **Globalización neoliberal bajo la mirada de William Roseberry**

En diversos círculos académicos se contempla con asombro las políticas depredadoras que a nombre del libre mercado se ponen en práctica en el mundo globalizado. La precarización, el aumento de la pobreza y las desigualdades de clase, no son un signo sólo característico de países tercermundistas, notablemente los latinoamericana-

nos, sino que comienza a apreciarse en países altamente desarrollados como Inglaterra y Estados Unidos. Por lo tanto, contrario a lo que a la vista de los prósperos beneficiarios, emerge como un progreso mundial mediante la apertura de mercados internacionales de inversión y comercio, es percibido y resentido por millones de personas como la redistribución de la riqueza global para el provecho de un puñado de corporaciones y propietarios de capital (Judt 2006). Desde estas experiencias, incluso un intelectual anti-marxista como Judt indica que lo que Marx llamaba “ejército industrial de reserva”, para el siglo XIX, está volviendo a emerger, no únicamente en las calles de los centros industriales europeos sino en el plano mundial, lo cual, como se indicó antes, contribuye a la caída del precio de la fuerza de trabajo y crea condiciones para el aumento excesivo de la explotación y las inequidades sociales. Sin embargo, lo que más alarma a esos intelectuales del norte es el carácter y alcance de puntuales respuestas, u otras en potencia, contra políticas neoliberales surgidas como formas de movilización para reconstituir un poder desde abajo, que a menudo rotulan de “izquierdista” o “populista”. Si en el pasado mentes brillantes en América Latina (y otros sitios) fueron fascinadas por las ideas marxistas y su mensaje ético de defensa a los “desdichados de la tierra”, la preocupación de Judt y otros es que ante el aumento factible de la desigualdad, injusticia, y explotación, crezca el atractivo moral de que alguna versión modificada del marxismo, se erija como un medio de registro y representación de los pobres a través de un



sistema de pensamiento como el de Marx que derivó en totalitarismos, como fue el caso de los regímenes socialistas conocidos históricamente. Roseberry cuestionó cualquier forma de autoritarismo y la pretensión de representar a los otros. No obstante, en el marco de una práctica académica generalmente conservadora como la estadounidense y muy dada al fácil placer de la autoexploración del autor, él asumió la necesidad de la confrontación epistemológica con las descarnadas realidades sociales para reconocer y condenar las conexiones globales que crean y perpetúan desigualdades.

A casi 20 años de aplicación de las directrices del Consenso de Washington, muchos procesos han redefinido la organización de los poderes globales y han tenido efectos variados, pero perniciosos en los países latinoamericanos. Las crisis de modelos de desarrollo hacia adentro condicionaron reformas dirigidas a limitar la participación de los estados nacionales en la rectoría de la economía y conducción de políticas de bienestar social. Para el caso de la región, estos procesos generales se identificaron como intentos para acotar políticas catalogadas como populistas o desarrollistas y dieron lugar a regímenes autoritarios que sirvieron prácticamente de laboratorios para aplicar, fuera de Europa y Estados Unidos, racionalidades neoliberales basadas en el mercado y la creación de actores formalmente libres. Particularmente los efectos en las sociedades rurales latinoamericanas fueron devastadores, no sólo por la generalizada cancelación de expectativas para una reforma agraria, sino igualmente por las crisis de las eco-

nomías agrícolas que favorecieron la emergencia de productores más relacionados a cadenas transnacionales y excluyeron de ellas a miles de campesinos pobres.

Ciertamente, conforme a las expectativas del liberalismo avanzado como perspectiva de gobierno, la creación de nuevos ciudadanos asegura el despliegue de una racionalidad basada en el engrandecimiento de sus poderes como consumidores, en su esencia criaturas de libertad y autonomía que buscan realizaciones personales no atadas a relaciones de dependencia y obligación con los estados nacionales, sino dentro de una variedad de dominios micro-morales como las familias, escuelas, los lugares de trabajo, vecindarios o las asociaciones de placer o descanso (Rose 2006: 158). A tal grado que las propias insatisfacciones de esos sujetos individuales se resuelven en la democracia que asegurará el permanente cumplimiento de sus reclamos. Bajo esta consideración, la sociedad civil se delimita como la esfera para el ejercicio de esa autonomía. Así, al igual que el concepto de sociedad civil ha sido utilizado para analizar la transición de regímenes autoritarios socialistas en los países del este de Europa (Cohen y Arato 200), el término sirve ahora de canon no sólo académico sino también político para justificar las propias transiciones democráticas y enmarcar formas legítimas de representación partidista y luchas políticas de diversos actores sociales en muchos lugares de América Latina. En estos contextos, los campesinos, viejos sujetos ligados a los nacimientos de estados nacionales, parecie-

ron entes anacrónicos, no solamente por ligar su nacimiento a eufemismos producidos por elites y estados con los cuales los pobres fueron ligados al medio rural y así reducidos a esencias, sino porque amplios procesos de migración laboral, los convirtieron en actores marginales con identidades alternativas basadas en el género, la generación, etnicidad, y fueron vistos menos convertidos en trabajadores globales. Sin embargo, los movimientos y prácticas políticas relacionadas a los campesinos en los últimos años se han encargado de darle un giro a estas interpretaciones, y han realizado las propuestas analíticas de Roseberry de dotar de profundidad histórica y sociológica al estudio del campesinado.

Las consecuencias que ha tenido la expansión del mercado global en esta era podrían parecer de una fácil lectura desde visiones románticas que miran el dislocamiento producido contra mundos locales, organizados en lógicas culturales opuestas a las racionalidades de políticas neoliberales. Es esta la visión que ha prevalecido en los últimos años para observar -por ejemplo desde las ideas de Karl Polanyi (2003 [1957]) o la literatura de la economía moral (Scott 1976)- al mercado como fuerza destructora de principios y normatividades basados en la defensa de patrimonios comunes para transformar todo en mercancía. En efecto, las consecuencias más violentas del neoliberalismo refieren al empobrecimiento mayúsculo de grandes poblaciones que parecerían estar fuera de los ideales de desarrollo de estos tiempos, donde emerge a primera vista una condición de marginali-

dad y por consiguiente pudiera pensarse que estamos ante la creación de figuras contemporáneas del *homo sacer*, cuya vida desnuda, como sujetos excluidos, al estar fuera de protección de marcos jurídicos, ilustra la condición de excepción (Agamben 1998). Las ideas de Roseberry pudieran ayudarnos entonces a mirar que esas cuestiones de marginalidad abren aspectos a la exploración de sitios y prácticas donde luchas y experiencias diarias nos permiten entender que en realidad los subalternos no están fuera de ningún lado, sino encaran, enfrentan y modifican las formas de mando o control social, redefiniendo constantemente las fronteras que median entre ellos y los poderes sociales.

En este punto la exploración de la experiencia de los campesinos es sumamente importante para comprender formas de subjetividad que surgen en las periferias del progreso neoliberal. Roseberry sugiere explorar los valores, rituales y costumbres de los subalternos como fuerzas en sí mismas materiales que surgen en campos de poder específicos. Las transformaciones generadas por las políticas liberales tienen que ver directamente con cambios en la forma de ganarse la vida de las personas y, por ende, se convierten en terrenos de sus luchas. En estos sitios pueden emerger conceptos y prácticas alternativas de posesión y sentido de justicia social, por lo que esas luchas se desenvuelven en la misma cotidianidad de hombres y mujeres por afirmar su existencia. En este sentido, la vuelta a la costumbre no implica recrear otra vez la falsa oposición entre economía tradicional y eco-

nomía capitalista. Sugiere tomarla como parte constitutiva de la reproducción de la vida y sus condiciones materiales, de tal manera que ayude a comprender cómo en el trabajo y las relaciones comunitarias más mundanas, los poderes son enfrentados y modificados, mientras la gente busca sobrevivir y redefinir la equidad en su mundo diario.

La perspectiva de Roseberry no niega la existencia de valores ancestrales sosteniendo relaciones de reciprocidad contrarias a la lógica del mercado capitalista, empero esas mismas ideas y las prácticas que las acompañan se encuentran enlazadas al mercado de producción de mercancías. Por lo tanto, lo más destacable es cómo esas imágenes y acciones son constituyentes de identidades locales que se encuentran relacionadas a estructuras internas y externas de clase. Entonces, es importante considerar que la reinención de valores de cooperación y reciprocidad resulta indispensable para ajustarse a nuevas realidades económicas, novedosas situaciones de vida social para apuntalar la continuidad de comunidades políticas. Esa es la importancia que Roseberry concede al sentimiento de comunidad en la organización de formas de resistencia y desafío. La comunidad como un lenguaje de clase se constituye por la historia y se materializa en memorias, tradiciones y esperanzas. No obstante, su trascendencia no reside sólo en que constituye una base para la defensa de derechos antiguos —como esos deseos permanentes por autonomía de pueblos indígenas y campesinos—, sino que además es una forma de articular múltiples identidades frag-

mentadas por el mercado a través del valor de cambio, así que desde la individualidad de la persona, la colectividad emerge entonces como una fuerza de lucha.

La trascendencia de estas ideas radica en delinear un argumento original para redefinir en estos días la construcción de subjetividades colectivas no sólo en relación con poderes estatales o transnacionales, sino también en conexión con formas de reglamentación generadas en los márgenes. Ese argumento descansa en el lugar clave que tiene la construcción de un sentimiento de comunidad en la organización de la rebeldía. Pero su valor no estriba únicamente en proporcionar el soporte para la defensa de derechos antiguos. Representa, además, una base para la formación de individualidades modernas, que si bien se encuentran ligadas a una multitud de identidades unidas “en el mercado por los lazos del valor de cambio” (Gilly 2006: 133), reconocen por medio de ese sentimiento la importancia de ser parte de una colectividad.

En esta fase, los poderes globales están constantemente reorganizando las formas de mando. Los cambios en los estados nacionales latinoamericanos para debilitar o reformar sus soberanías están conectados a procesos mundiales no sólo de dominación sino también de lucha. Roseberry sostiene que la hegemonía no se refiere a cómo un orden de poder es pacientemente vivido bajo la suma de coerción y consenso, lo cual es sumamente útil para explorar la constitución de estos poderes y las luchas y los desafíos que enfrentan. Si la hegemonía revela la creación de un marco

discursivo común donde símbolos, prácticas, organizaciones que sirven para el dominio son igualmente utilizadas por los subordinados para experimentar, negociar y confrontar poderes sociales, es importante pensar que las formas de dominación y resistencia pudieran colocarse en una amplia configuración de poder.

En esa configuración de poder que puede verse como una topografía que enlace las dimensiones de la historia y geografía de poblaciones locales, Roseberry propuso mirar los cambios que aparentemente ocurren en las distinciones entre estado y sociedad, relacionados con procesos más vastos de reorganización de poderes estructurales a escalas globales. Al mismo tiempo, sugirió relacionar la naturaleza de las propias prácticas y valores de organizaciones populares a ese contexto global. Las vastas experiencias que han proporcionado movimientos campesinos e indígenas en Latinoamérica en los últimos años, rubrican la importancia de una perspectiva analítica de este tipo. Movimientos indígenas y campesinos, nacidos en el contexto de políticas excluyentes y autoritarias de regímenes neoliberales, han basado sus formas de desafío en usos selectivos del pasado para concretar en el presente memorias y esperanzas de una vida mejor, basada en nuevos sentidos de justicia y autonomía que pudieran recrearse en el surgimiento de nuevas colectividades opuestas al estado como un proyecto ideológico de dominación universal. Los movimientos, por tanto, conteniendo su propia historicidad, relaciones y contradicciones, están conectados a luchas y

discursos globales dentro de los cuales la dominación busca ser enfrentada.

Tal vez el concepto de hegemonía sugerido por Roseberry, a partir de la lectura de Gramsci, trasmite un desbordado optimismo por las acciones emprendidas por las clases subalternas. Cuando estamos ante el ascenso de poderes desterritorializados y transnacionales que pensadores como Hardt y Negri (2002) llaman Imperio, William Roseberry nos invita a pensar con su obra, que esas manifestaciones abstractas de poder están enraizadas en específicas geografías e historias, y los participantes de ellas tienen rostros y nombres.

## Bibliografía

- Agamben, Giorgio  
2006 *Homo sacer. El poder soberano y la nuda vida*. España: Pre-textos.
- Appadurai, Arjun  
2001 [1996] *La modernidad desbordada. Dimensiones culturales de la Globalización*. Argentina: Ediciones Trilce, Fondo de Cultura Económica.
- Cohen, Jean L. y Andrew Arato  
2000 *Sociedad civil y teoría política*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Collins, J.  
1990 "Unwaged Labor in Comparative Perspective: Recent Theories and Unanswered Questions", en *Work without Wages*, editado por J. Collins y M. Gimenez. Albany: State University of New York.
- Comaroff, Jean y John L. Comaroff  
2001 "Millennial Capitalism: First Thoughts on a Second Coming", en *Millennial Capitalism and the Culture of Neoliberalism*, editado por Jean Comaroff y John Comaroff. Durham y Londres: Duke University Press.
- Gilly, Adolfo  
2006 *Historia a contrapelo. Una constelación*. México: Era.

- Hardt Michael y Antonio Negri  
2002 *Imperio*. Argentina: Paidós.
- Judt, Tony  
2006 "¿Adiós a todo eso?" [http://www.librospe-ruanos.com/html/esquina\\_21.htm/12](http://www.librospe-ruanos.com/html/esquina_21.htm/12), consultada 12 de diciembre.
- Ohmann, R.  
1996 *Selling Culture*. Londres y Nueva York: Verso.
- Phlern, Ángel  
1998 [1980]. *Antropología y marxismo*. México: CIESAS, Ediciones de la Casa Chata.
- Polanyi, Karl  
2003 [1957]. *La gran transformación. Los orígenes económicos de nuestro tiempo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Rose, Nikolas  
2006 "Governing "Advanced" Liberal Democracies", en *The Anthropology of the State. A Reader*, editado por Aradhana Sharma y Akhil Gupta. Oxford: Blackwell Publishing.
- Roseberry, William  
s/f "From Peasant Studies to Proletarian Studies", *Studies in Comparative International Development*, XX: 69-89.
- Roseberry, William  
1986 "The Ideology of Domestic Production", *Labor, Capital and Society*, 19: 70-93.
- Roseberry, William  
1983 *Coffee and Capitalism in the Venezuelan Andes*. Austin: University of Texas Press.
- Roseberry, William. 1988a. "Issues and Agendas. Domestic Modes, Domesticated Models", *Journal of Historical Sociology*, 1 (4): 423-437.
- Roseberry, William  
1989 *Anthropologies and Histories. Essays in Culture, History, and Political Economy*. New Brunswick: Rutgers University Press.
- Roseberry, William  
1993 "Beyond the Agrarian Question in Latin America", en *Confronting Historical Paradigms: Peasants, Labor, and the Capitalist World System in Africa and Latin America*, editado por Frederick Cooper et al. Madison: University of Wisconsin Press.
- Roseberry, William  
1995a "The Cultural History of Peasantries", en *Articulating Hidden Histories. Exploring the Influence of Eric R. Wolf*, editado por Jane Schneider y Rayna Rapp. Berkeley: University of California Press.
- Roseberry, William  
1996 "The Rise of Yuppie Coffees and the Reimagination of Class in the United States", *American Anthropologist*, 98 (4): 762-775.
- Roseberry, William  
1997 "Marx and Anthropology", *Annual Review of Anthropology*, 26: 25-46.
- Roseberry, William  
1998 "Cuestiones Agrarias y campos sociales", en *Las disputas por el México rural. Transformaciones de prácticas, identidades y proyectos*, editado por Sergio Zendejas y Pieter de Vries. México: El Colegio de Michoacán.
- Roseberry, William  
2002a "Understanding Capitalism –Historically, Structurally, Spatially", en *Locating Capitalism in Time and Space. Global Restructurings, Politics and Identity*, editado por David Nugent. Stanford, California: Stanford University Press.
- Roseberry, William  
2002b [1994]. "Hegemonía y lenguaje contencioso", en *Aspectos cotidianos de la formación del estado. La revolución y la negociación del mando en México moderno*, compilado por Gilbert M. Joseph y Daniel Nugent. México: Ediciones Era.
- Scott, James C.  
1976 *Moral Economy of the Peasant. Rebellion and Subsistence in Southeast Asia*. New Haven: Yale University Press.
- Thompson, Edward P.  
1979 "Tradicón, revuelta y consciencia de clase. Estudios sobre la crisis de la sociedad industrial". Barcelona: Editorial Crítica.
- Thompson, Edward P.  
1989 [1963]. *La Formación de la clase obrera en Inglaterra*. Barcelona: Editorial Crítica.
- Trouillot, Michael-Rolph  
1988 *Peasants and Capital. Dominica in the World Economy*. Baltimore: The Johns Hopkins University.
- Williams, Raymond  
1997 [1977] *Marxismo y literatura*. Barcelona: Ediciones Península.
- Wolf, Eric R.  
1987[1982] *Europa y la gente sin historia*. México: Fondo de Cultura Económica.